

# Así vivimos los ticos... en el exterior

**Juan P. Pérez García. Veintiséis años. Casado, dos hijos. Oriundo de Alajuela. Nueve meses de vivir en Nueva York.**

—¿Cuál era su intención al viajar a Nueva York?

—La ilusión mía desde pequeño era conocer Nueva York, por la fama que tiene; por los rascacielos.

—¿Llevaba los papeles en regla para trabajar allá?

—Me fui con visa de turismo; no tenía intención de trabajar allá, pero tuve que hacerlo por lo que me pasó.

—¿Alguna otra cosa en especial para escoger Nueva York?

—Nada; no, solo quería conocer. Bueno, llevaba la dirección de un amigo que se fue seis meses atrás, pero yo no estaba muy seguro de que estuviera allá a mi llegada.

—¿Con cuánto dinero emprendió el viaje?

—Cuando entré a los Estados

Unidos llevaba cuatrocientos dólares.

—¿Conocía algo del idioma inglés?

—No, nada; pero ni una vez podía pedir en inglés. En el jet me ofrecían cosas en inglés; pedía cerveza y no me entendían. Por fin señalé... y me sirvieron una Coca Cola.

—¿Por qué emprendió el viaje?

—Estaba aburrido de Costa Rica; mejor dicho, de trabajar en lo que estaba; tenía algunos problemas personales. Deseaba conocer a ver si se presentaba alguna ocasión buena.

—Pero, entonces si había alguna intención de trabajar allí?

—Bueno... si se presentaba la oportunidad y podía arreglar los papeles... sí.

—¿Qué le dijo su señora cuando Ud. decidió marcharse?

—Estaba triste, pero al mismo tiempo quería que me fuera porque tenía interés de que a mí se me mejorara la situación.

—¿Cuánto tiempo tenía de trabajar en mecánica?

—Casi catorce años. Yo me hice solo; aprendí en un taller al cual entré a la edad de doce años.

—¿Se consideraba suficientemente preparado para trabajar

de mecánico en los Estados Unidos?

—Ah sí, porque yo tenía siete años de tener taller propio; mi especialidad es la mecánica de motores.

—¿Cómo era su estado de ánimo al abordar el avión?

—Un poco triste al despedirme de amigos y familiares; pero con mucha esperanza ya que iba a conocer los Estados Unidos.

—¿Hizo amistad con alguna persona en el avión?

—De aquí a Miami sí, con una costarricense que iba para el Perú; en Miami la esperaba el esposo. Ella me dio instrucciones de cómo hacer al llegar a Migración. De Miami a Nueva York no; a la par mía iba un salvadoreño que no hablaba nada; se veía muy nervioso.

—¿Y del recibimiento de las autoridades en Miami?

—Al llegar al aeropuerto, una vez que me registraron las maletas, iba caminando a buscar las oficinas de la compañía con la cual continuaba el viaje cuando me detuvieron dos detectives y me encerraron en una oficina. Me registraron todo; hasta una caja de fósforos y un paquete de cigarros vaciaron en una mesa. Luego de un montón de preguntas me dieron las gracias y me indicaron la dirección de la compañía aérea.

—¿Qué le preguntaron?

—Qué iba a hacer a los Estados Unidos; que pensaba trabajar; cosas por el estilo.

—¿Qué pensó Ud. cuando las autoridades lo llevaron aparte?

—Ya tenía una idea, más o menos, de lo que se trataba; a qué me habían dicho que tuviera cuidado, por eso no me agarraron a la impresión. En general el trato fue cortés.

—¿Cuándo le permitieron continuar, ¿cómo se sentía?

—Me sentía mucho más tranquilo; entonces ya fue diferente para mí.

—¿Al llegar a Nueva York alguien lo estaba esperando?

—Nadie; llegué a la una y media de la mañana. Hacía un frío tremendo. Al bajarnos del

avión toda la gente llevaba abrigo de invierno, yo llevaba el vestido de aquí. Ignoraba el frío que hacía. Nadie hablaba español en el aeropuerto; entonces un señor se acercó y me preguntó que si necesitaba ayuda; estaba medio borracho. Yo le dije que me consiguiera un taxi; me preguntó que a qué hotel iba, yo le dije que a cualquiera.

—¿Usted sabía algo de ciertos trucos de los taxistas para cobrar más?

—Sí, estaba enterado. El taxista me dijo que me llevaba a un hotel por siete cincuenta. Me senté en el taxi y estuvimos como una hora esperando que llegaran más pasajeros. Yo estaba muerto de frío. Por fin llegó una pareja de ecuatorianos y no hablaban inglés. La mujer se quedó en un barrio y el hombre siguió conmigo en el taxi. Después de dar muchas vueltas el taxista me metió en un hotel donde había solo negros malencarados; yo no quise que darme.

—¿Supo el nombre del barrio?

—Era el barrio de Harlem. Después que conocía Nueva York me di cuenta la clase de barrio que era; ahí le sacan todo a uno. El taxista se enojó cuando no quise quedarme en el hotel y yo salí a la calle. Venía un tipo lleno de barba, vestido de hippie. Le pregunté que si hablaba español y me dijo que sí; resultó que era un costarricense.

—¿Sí? ¿Y qué hacía un tico en Harlem?

—No me dijo qué hacía en Nueva York; me dijo que vivía en casa de una novia. El habló con el taxista; le dije que le dijera que me dejara allí, que yo cogía otro taxi. El taxista se enojó; saqué un billete de veinte dólares y me lo arrebató de las manos; me devolvió cinco dólares.

—¿Y el ecuatoriano, entre tanto?

—Entonces el ecuatoriano en donde vio el pleito se bajó del taxi y dijo que si quería me fuera con él a la dirección que llevaba. Cogimos otro taxi y nos fuimos al hotel en donde vivía el ecuatoriano.

Continúa...



"En el aeropuerto de Miami, en la aduana, me detuvieron dos detectives y me interrogaron durante largo rato; todo me lo registraron, hasta un paquete de cigarros..."

## Gentes y Paisajes

Texto y fotografías: MIGUEL SALGUERO



Durante nueve meses el tico Juan P. Pérez García trabajó en la ciudad de Nueva York. "No tenía los papeles en regla; me la jugué..."

Ací vivimos los ticos

**"Había doce personas en el cuarto; yo me encomendé a Dios; lo que Dios quiera. Al día siguiente desperté, conté la plata y me faltaban descientos dólares..."**

**Unos ecuatorianos me ofrecieron que viviera con ellos; que les ayudara a pagar la pieza: ocho dólares por semana.**

—¿Qué tal aspecto ofrecía el hotel ese a dónde lo llevó el ecuatoriano?

—El hotel parecía cosa de película; se veían unas pintas raras. El ecuatoriano me llevó a un cuarto en donde había doce personas bebiendo cerveza y tomando; solo dos camas. Me invitaron a tomar, me cogió sueño, estaba muy cansado.

—¿No tuvo temor de que le pasara algo?

—Yo me encomendé a Dios; lo que Dios quiera. Y me dormí en una de las camas. El día siguiente desperté y me encontré solo con dos personas; las otras habían desaparecido. Conté el dinero y me faltaban descientos dólares.

—¿Qué hizo ¿Cómo se sintió?

—Decepcionado por la experiencia; pero, qué podía hacer? Le dí gracias a Dios de que no me habían robado todo el dinero. Yo le pedí a uno de los que había quedado que me llevara a la dirección de mi amigo, en Connecticut; el hombre me ofreció ayuda, llamó a dos amigos, y nos fuimos todos como a las nueve de la mañana.

—¿Logró dar con su amigo?

—Bueno, tuvimos un problema. Nos perdimos en la Grand Central. Hasta las dos de la tar-

de pudimos coger el tren, que tardó como dos horas para llegar después tuvimos que coger taxi. En la dirección no había nadie; estaba sola la casa. Yo quise quedarme ahí, en una estación de gasolina, a esperar, pero los ecuatorianos no quisieron. Me ofrecieron que viviera con ellos; que les ayudara a pagar la pieza, ocho dólares por semana.

—¿Qué le parecía la ciudad, las gentes?

—Ah! Tan inmenso eso; tan impresionante todo. Yo en vista de que había perdido tanta plata y había gastado mucho en el viaje a Connecticut, decidí buscar trabajo y quedarme unos meses.

—¿En ese hotel, quiénes cocinaban? ¿Cómo era la casa,

—Los mismos ecuatorianos; unos cocinaban, otros lavaban los platos, por turno. Yo no supe de quién era el hotel; solo conocí al administrador. El hotel se llama Capitol Hill.

—¿Cómo hizo para conseguir trabajo?

—Compré un periódico hispano y vi donde necesitaban mecánicos; uno de los ecuatorianos me ayudó; primero me llevó a sacar el Social Security, pues sin esto no se puede trabajar.

—¿Cómo se entendió con los dueños del taller? ¿Hablaban español?

—Al llegar... nadie habla español; por señas me habla el americano, cuando por suerte apareció un cliente que hablaba español y me sirvió de intérprete. Me pedían una caja de herramientas. Yo les dije que si me daban seguridad del trabajo, la compraba. El gringo cambió de idea y me dio la dirección de otro taller de la misma compañía. Me fui a hablar a ese otro lugar; de suerte había un tipo que hablaba español; hablamos con el jefe y me dijo que fuera al día siguiente para probarme.

—¿A qué distancia le quedaba el trabajo? ¿Cuánto le ofrecieron pagar por día?

—De donde yo vivía tardaba casi dos horas en tren; y de donde me dejaba el tren tenía que caminar como veinte minutos a pie. Me levantaba a las seis de la mañana para entrar a las ocho y media. Salía a las cinco y media para llegar casi a las ocho a mi casa a comer y descansar; llega uno muerto. Me ofrecieron pagar a dos veinticinco la hora.

—¿Había otros latinos en ese lugar en donde vivía?

—Sí, muchos; portorriqueños, ecuatorianos, etc. Ecuatorianos hay muchos; aquello está lleno de ecuatorianos, colombianos...

—¿Cómo le fue el primer día de trabajo? ¿Se sentía muy inseguro?

—Me pusieron a la par del único que hablaba español, un cubano que era beisbolista; yo me apuraba y el tenía que apurarse a la vez. El trabajo yo lo veía muy fácil; lo que tenía que hacer me lo hacían los ayudantes aquí.

—¿Qué características tenía el taller?

—Allá los llaman tienda o garaje. Se venden repuestos; apar-



**"Ah, tan inmenso todo; tan impresionante. Yo en vista de que había perdido tanta plata decidí buscar trabajo..."**

te del salario me ofrecieron comisión por la venta de repuestos y llantas.

—Sus compañeros, ¿qué tal se veían? ¿Quiénes eran?

—Había como veinticinco compañeros; unos resultaron muy buenos; los americanos blancos, muy bien. Los negros no, muy malos; sólo problemas y daños con estos. A mí solo un negro me trató bien.

—¿Y el trato de los jefes, ¿qué tal? ¿Cómo son en relación con las maneras ticas?

—Ah, muy buenos. Es mucho mejor que el trato que se le da al empleado aquí. Los dos jefes eran judíos, muy buena gente. El jefe de personal resultó magnífico; yo me lo gané porque lo

que él me pusiera a hacer, se lo hacía sin pensarlo, sin malos gestos como sucedía con los negros, que se vivían protestando por todo.

—¿Y los clientes, ¿qué tal? ¿Daban propinas?

—Con algunos hacía amistad; algunos de los que hablaban español me pedían que les trabajara después de la salida o los sábados por la tarde, pero como salía tan cansado les decía que no. Los americanos blancos no dan propinas en ese taller; los negros uno o dos dólares y los puertorriqueños hasta cinco dólares. Es que la mayoría de los blancos no son gringos sino italianos nacidos en los Estados Unidos.

Continúa...

# "Sí, el americano como que lo ve más bajo a uno; no quieren a los puertorriqueños y piensan que uno es puertorriqueño..."

Un día estaba en lo más alto del Empire cuando oí que alguien decía: Que hijuep..., qué lindo que se ve. Este tiene que ser tico, dije yo..

—¿Qué cantidad de dinero ganó la primera semana?

—Como ciento veinte dólares la primera semana; ya le dije que me pagaban a dos veinticinco la hora, pero trabajaba 48 horas por semana.

—¿Cómo le iba con el frío?

—Lo que sufría yo!!! Cuando me bajaba del tren tenía que andar sobre la nieve... y llegaba mojado, congelado al taller. No había comprado ropa especial. Además tenía una uña mala y me costaba mucho llegar al taller.

—¿A dónde fue a pasear el primer día libre?

—No se podía salir por el frío; lo pasé en la casa.

—Y luego, conoció bastante de Nueva York?

—Después comencé a salir, luego de que iba pasando el frío. El primer lugar que visité fue la estatua de la Libertad.

—¿Qué le impresionó más de la ciudad?

—La estatua me impresionó mucho, pero más el Empire State. El primer día subí de noche; parecía un portal inmensamente grande; la altura me impresionó mucho; hasta que se le para el pelo a uno. Yo fui tres veces.

—¿Algo en especial de esas 'subidas' a ciento y pico de pisos?

—La última vez que estuve al decir a uno de un grupo de cuatro: Qué hijuep... qué lindo que se ve. Yo dije: este tiene que ser tico, aquí no se habla así. Efectivamente, eran cuatro ticos, uno de Tres Ríos y tres de Alajuela. Hicimos amistad; andaban buscando a otro tico que vivía en Nueva Jersey. Durmieron esa noche en la estación; yo les di mi dirección por cualquier cosa.

—¿Y con sus compañeros de hotel, cómo le iba?

—Bueno, yo dejé a los ecuatorianos y me pasé a vivir cerca del trabajo, en una casa "privada". Una señora sola puertorriqueña que daba alimentación y alojamiento; de todo había, como en la casa de uno. Vivían además tres hombres y una mujer, colombianos. Llegamos a vernos como hermanos. Uno de ellos trabajaba en el mismo taller.

—Al trasladarse de lugar, ¿mejoró su situación?

—Mejoré, sí; ya me sentía yo que vivía en Nueva York; que vivía perfectamente.

—Cuéntenos; ¿con qué se desayunaba allá?

—Es una exageración el desayuno en Nueva York; no me comía ni la cuarta parte: trigos, huevos, pedazos de pollo, un pan-cake, que es comida de los morenos, mantequilla, jaleas, pan, frutas —uvas y manzanas las que quisiera comer— duraznos que llaman 'piches', leche. Café yo no tomo.

—¿Le parecía mejor el desayuno "gringo" al tico?

—Aquí yo nunca desayunaba; no estaba acostumbrado; aquí al almuerzo comía exagerado; allá es al revés: al almuerzo se come solo un sandwich con una soda.

—¿Y en las otras comidas, que ingería?

—En la comida, a las seis o siete, era otra exageración: so pas, arroz, frijoles pero no como los de aquí, son diferentes, habichuelas; ensaladas de frutas. En fin, una buena alimentación.

—¿Salía muy cansado del trabajo?

—Sí, llegaba cansado; el trabajo no es muy pesado, pero como tenía que moverme mucho, no podía sentarme en todo el día... Allá hay mucha facilidad con las herramientas; hay para cada cosa una herramienta.

—¿Entre uno y otro trabajo, de EE.UU. y Costa Rica, que relación en cuanto al "esfuerzo"...

—El trabajo de aquí era de mecánica muy pesada; allá yo trabajaba solo en frenos, cambiando cilindros, sistemas de dirección, etc. Allá las piezas no se reparan; se cambian totalmente.

—¿Mejoraba su salario?

—Como a las dos meses fui mejorando; gané más dinero cuando me dieron comisión por las ventas de llantas y repuestos; cuando pude entender algo del idioma, también mejoraron mis entradas.



"Sí, el "americano" como que lo ve más bajo a uno..."

—¿Cuánto tenía que pagar de hospedaje y comida?

—Por todo me cobraba la señora veinticinco dólares por semana.

—El resto de su sueldo, ¿cómo lo distribuía?

—Me quedaban unos ciento cincuenta por semana; gastaba muy poco, si acaso en algunos tragos el día sábado o en ir a bailar. Una parte enviaba a Costa Rica; el resto lo guardaba.

—¿Pensó en adquirir carro? ¿Manejaba allá?

—Sí, pero no compré porque me interesaba traérmelo, pero como aquí se pagan tantos impuestos mejor pensé que no. Yo me arriesgaba a manejar, con un poquillo de miedo.

—¿Tuvo alguna noticia de los ticos radicados en Nueva York?

—Al principio solo de uno que llegó a vivir como a tres kilómetros de mi casa; preguntó mi dirección en Costa Rica y llegó a buscarme; yo no estaba. Me lo encontré de casualidad en un tren; se impresionó mucho. Después iba a visitarme los domingos; trabajaba en una fábrica de cartones.

—¿Le pareció que había alguna hostilidad hacia Ud. de parte del "americano" promedio?..

—Sí, el americano como que lo ve más bajo a uno; no quieren a los puertorriqueños y piensan que uno es puertorriqueño, de que me maltrataran, no.

—¿Cuéntenos algo de sus patrones?

—De los dueños del taller, solo a uno conocí una vez que hicieron un almuerzo en la fábrica. Me felicitó a mi porque esa semana yo era el que más había vendido. El gringo, muy grueso, se tomó una foto conmigo.

—En cuanto al recuerdo de su patria, ¿cómo andaba la cosa?

—Sí, sentía nostalgia; no mucha... pero cuando oía alguna canción, alguna cosa de aquí, entonces me daba cabanga.

—¿Y sus compañeros, sentían nostalgia? ¿Era evidente?

—Los ecuatorianos lloraban todo el tiempo; apenas se tomaban una cerveza y oían música, se ponían a llorar. Son muy sentimentales; los colombianos también echaban mucho de menos a su país.

Continúa...



"Subí a la estatua de la Libertad; desde arriba había una vista muy impresionante..."



"Después empecé a salir, a conocerlo todo..."

# "Ah sí; ya yo andaba en Nueva York como andar en Costa Rica; solo o como fuera...".

Un 90% de la juventud está metida en eso; dicen que si no están con la droga, no están con la moda.



"Sí, más de una vez me perdí en el tren subterráneo; cuando me sentía perdido salía y tomaba un taxi...".

—¿A qué dedicaba los fines de semana?

—En verano me iba para las playas. Yo iba a la John Beach, una playa preciosa; arena blanca, agua muy fría; unas grandes olas, que se levantaban como a cinco metros. A esa playa iban solo americanos; los hispanos visitan una playa que está cerca de Manhattan.

—¿Tuvo algún problema para desplazarse por Manhattan?

—Sí, más de una vez me perdí en el subterráneo; cuando me sentía perdido tenía que salir y tomar un taxi.

—¿Qué lugares conoció?

—New Jersey, Brooklyn: Nueva York casi lo conocí todo. Estuve en el Museo de Arte Moderno, en el Central Park.

—¿Y sobre las diversiones? ¿Qué teatros visitó?

—Estuve dos veces en el Radio City; la última vez daban un show de navidad. Me pareció una cosa impresionante todo; la música, el órgano, la forma del escenario, que cambia de posiciones; el tamaño del teatro; todo eso parece un sueño, no parece ser realidad.

—¿Qué otra distracción...?

—Fui al Centro Lincoln para las artes, a ver la ópera La Traviata; un teatro inmenso, muy lujoso. Tiene la forma como del teatro Raventós por dentro, pero con demasiado lujo y muy grande; tiene muchos pisos. Esa noche cantaba Alfredo Krauss.

—¿Una de las calles más famosas de Nueva York es la 42; estuvo ahí?. Cuéntenos que cosas vio?

—La mayoría de los teatros son de cine rojo; ahí se ve de todo, también en forma "personal", es decir, como teatro. Las fotografías de propaganda en la calle son de puros desnudos; se ve... bueno, de todo. En la calle, en los quioscos, venden revistas pornográficas libremente.

—¿Mucha moda estrafalaria?

—La minifalda... un relajo de tan corta. En los restaurantes hay unas mujeres atendiendo que usan una minifalda que donde caminan se les ve el panty. En los bares hay mujeres que bailan desnudas. Mucho hippie. En la Quinta Avenida había uno que tocaba el violín muy bonito; le tiraban mucha plata. Otros hacían música con una especie de bañera, con un palo; ahí sacaban la canción. Los hippies en verano andan casi desnudos.

—¿Algún acto de violencia...?

—En la 42 se armó un bochinche; la policía intervino y se hizo un tiroteo; gases lacrimógenos y hubo hasta heridos y muertos. Yo estaba allí, y tuve que mezclarme en la trifulca; me llenaron la camisa de sangre. Había un moreno que no lo podían dominar entre tres policías porque sabía muchas llaves; hasta que llegó otro policía que sabía más que él.

—Usted llegó en la época del frío; cuéntenos algo del cambio de estación.

—Poco a poco va cambiando todo; la temperatura, las lluvias... En verano es un calor desesperante. Inmediatamente cambian los árboles; de un día para otro amanecen verdes y floreados. Lindo es el espectáculo.

—¿Cómo vio la reacción de los norteamericanos al llegar el verano?

—La gente se echa a la calle en grandes cantidades, salen a las aceras a tomar cerveza, tienen música, tocadiscos en la calle. Es un ambiente completamente distinto. Las aves se ven muy alegres también.

—Las caras, los gestos para con Ud.?

—La gente... bueno, los gestos son parecidos para con uno; casi no cambian.

—¿Poco a poco sintió alguna familiaridad con esa gran masa humana?

—Ah sí; ya andaba en Nueva

York como andar en Costa Rica, solo o como fuera. Ya podía entrar a un restaurante americano a comer o tomar sin ningún problema.

—¿Qué encuentros casuales tuvo en esos paseos por Manhattan?

—Nunca; en nueve meses no me encontré con ninguna cara conocida. Ahí como la gente sale en carrera del trabajo es un movimiento enorme; no hay tiempo de ver mucho en la multitud.

—¿Sobre la forma de vida de los gringos, ¿qué opinión se formó?

—Bueno, yo no conocí la casa de un auténtico gringo blanco; fuera de la de un negro, que trabajaba conmigo, no fui a ninguna casa de familia gringa. El negro vivía en Long Island; vive muy bien, es una casa muy bonita; con un lujo grande: muebles, aparatos de toda clase. Tiene dos carros; un bar subterráneo... El hombre era corredor de carros también; yo fui a una carrera. El americano común se ve que vive muy bien; los que viven fuera de Manhattan tienen casas bellísimas.

—¿Oyó hablar de los graves problemas de drogas?

—Un noventa por ciento de la juventud está metida en eso. Dicen que si no están con la droga no están con la moda; en las esquinas se juntan tres y cuatro y se ponen a fumar marihuana como si tal cosa; esto en el Bronx, en donde está el taller. La policía pasa y vuelve la cara. Es que dicen que si interviene un policía solo puede salir hasta muerto.

—Entre sus amigos o compañeros, había algún drogadicto?

—No; que yo me diera cuenta, no. Una señora que llegó a trabajar unos días al taller me decía que por qué no me llevaba yo la familia; le dije que no, que aquello estaba muy perdido, y me dijo: "Y eso qué tiene? Yo también fumo la marihuana..."

—¿Qué comentarios oyó sobre Vietnam?

—No se habla mucho de eso;

se comenta en las noticias, pero no hay muchos comentarios de la gente; no tuve oportunidad de oír comentarios.

—¿Conoció algún comunista? ¿Cree que hay bastantes allí?

—No. Sí hay, pero no conocí ninguno.

—¿Le hablaron los dirigentes sindicales?

—Llegó el de la Unión, que es

como un sindicato; llegaban además varios agentes de un banco de seguros; yo aseguré a mi familia, cada hijo por veinticinco mil dólares. El de la Unión llegó a inscribirme porque a los tres meses ya puede ser miembro uno y empiezan a rebajarle la cuota de los cheques de pago. Si uno se enferma o si lo despachan, lo ayudan. Si uno no ha dado motivo no pueden quitarlo del trabajo.

Continúa...

# "Si a uno lo agarran trabajando sin papeles lo esposan, lo ponen en el aeropuerto y lo mandan para su país. Si ofrece propinas es peor la cosa".

## Jamás me imaginaba que en algunos barrios de Nueva York hubiera tanta miseria y suciedad.



"Jamás me imaginé que en Nueva York hubiera un barrio como Harlem, con tanta suciedad..."

—¿Usted estaba trabajando sin "papeles"; tuvo algún problema con la autoridad?

—No, ningún problema. Nunca llega nadie a averiguar nada. Uno puede vivir años en esa forma si no tiene problemas. Yo conocí a tres ecuatorianos que tenían tres años de trabajar sin papeles.

—¿Qué le dijeron sus amigos sobre la manera de comportarse en caso de tener problemas?

—Bueno, es que si a uno lo agarran trabajando sin papeles lo esposan, lo ponen en el aeropuerto y lo mandan para su país. Si ofrece propinas es peor la cosa.

—¿Vio otros actos de violencia, aparte de los de calle 42?

—No, nada; en el Bronx nunca vi peleas; todo muy pacífico.

—¿Considera que es cara la ropa en Nueva York?

—No, es muy barata. Una bu-

na camisa, pero muy buena, vale unos quince dólares, es una señora camisa; un par de zapatos bien buenos puede costar entre 25 y 30 dólares; pero hay camisas desde 90 centavos en adelante; zapatos desde tres o cuatro dólares, y son buenos.

—¿Ya un poco más aclimatado, ¿cómo se divertía?

—Salía más a menudo; iba a bailes, con orquestas famosas, sobre todo de Santo Domingo. La mayoría de los asistentes eran latinos.

—¿Estuvo en alguna reunión de ticos?

—Solo una vez que me di cuenta por el periódico de un baile; también lo anunciaron por televisión; un grupo de ticos invitaba. Ellos ahora tienen un club, que inauguraron hace poco; el baile fue en un edificio muy grande y había como ochenta personas; solo uno era conocido, uno de apellido Laitano, de la Y Griega.

—¿Cómo se veían nuestros compatriotas? ¿Alegres? ¿Hablaban mucho de Tiquicia?

—Había dos orquestas de República Dominicana; los ticos se veían muy alegres todos. De Costa Rica, como banderas y otras cosas, no había nada; solo tamales hechos por una costarricense; las orquestas no tocaron nada de Costa Rica; nadie tocó nada de aquí. Solo de vez en cuando se oían vivas a Costa Rica. La cuota de entrada fue de seis dólares.

—¿Puede describirnos a algunos de los ticos que llegaron a la fiesta?

—Todos estaban de traje entero, muy bien vestidos. Las mujeres muy bonitas, muy elegantes. La mayoría llegó en taxi. Yo bailé con una profesora que estaba pasando vacaciones; tenía familia en Nueva York.

—¿Tiene idea de cuántos ticos hay en Nueva York?

—No, no tengo idea; no pregunté. Lo que sé es que hay un equipo de futbol muy bueno; está invicto. Los integrantes viven en varias partes de Nueva York y siempre juegan en Manhattan. Se llama "El Tico". Me enteré por los periódicos.

—¿Aprendió algo del inglés?

—Estuve estudiando; pagaba a tres dólares la hora, pero me aburrí por falta de tiempo. Al final de mi estada entendía algo del inglés. En la pensión hablaba solo español. Términos de mecánica sí sé, pero aparte de eso, casi nada.

—¿Tuvo algún encuentro "personal" con alguien?

—Solo con un moreno; pero una discusión que no nos dábamos cuenta lo que decíamos, porque el me hablaba en inglés y yo en español. Poco tiempo des-

pués olvidamos el incidente. Allí se pelean y a la media hora ya están contentos.

—¿Qué le decía su gente desde Costa Rica? ¿Que se viniera?

—No, nada me decían sobre el regreso; me decían que yo sabía lo que hacía. Pero quería pasar Navidad en Costa Rica.

—¿Su estado de ánimo seis meses después?

—Mi vida cambió totalmente; aquí yo vivía con mucho problema; allá no tenía que pensar en otra cosa que en trabajar.

—¿Conoció el barrio de los hippies?

—Sí, todos se agrupan en las tardes a tocar, cantar, bailar. Se llena el parque de puros hippies. Fuman marihuana allí mismo. Las mujeres andan semi desnudas; se suben a los árboles y empiezan a tocar unas flautas. Son millares.

—¿Qué le pareció el Museo de Arte Moderno?

—Muy bonito; me llamaron la atención las pinturas; especialmente las de Picasso.

—¿Le hacía falta el arroz y los frijoles?

—Claro, allá no se consigue frijoles como aquí; en todo el tiempo no comí nada típico de Costa Rica. Me aburría de estar comiendo solo pollo, hamburguesas, jamón, queso.

—¿Si se le hubiera presentado la ocasión de llevarse a su familia, qué hubiera hecho?

—No, el sistema de allá no me gustaría para los niños; no es un país para tener hijos por el mucho peligro. Además, el sistema de vida: como son apartamentos, los niños no tienen campo para hacer ejercicio.

—¿Se enfermó alguna vez? ¿Cómo anduvo la cosa?

—Una uña del pie se me infeccionó y tuvieron que operarme. Un médico cubano lo hizo; cobró \$ 60.00 por la operación y \$ 10 por consulta. Pero yo no los pagué; los pagó la Unión.

—Ud. tenía cierto "criterio" al marcharse a los Estados Unidos sobre este país; correspondió la imagen real a la de su mente?

—Por una parte era como yo pensaba y como lo había visto en cuadros, pero en otras cosas era muy distinto, porque en los barrios bajos hay mucha miseria y suciedad; jamás me imaginaba que en algunos barrios de Nueva York existiera tanta miseria y suciedad. La basura en las calles, perros por todas partes, suciedad por dondequiera.

—Seis meses después de convivir con los norteamericanos, ¿qué opinión le merecían?

—Los morenos son malos, pero la demás gente me trataba bien. Un pueblo bueno, muy trabajador. Si uno no trabaja, no come. Allá nadie le ayuda a uno; si uno se enferma tiene que jugársela solo. Una vez visité a un amigo en un hotel, —para que Ud. vea lo que puede pasar—; había un mal olor. "Fíjate —me dijo mi amigo— qué he andado buscando a ver si hay un ratón muerto". Al salir había una puerta a la par del cuarto del amigo y le pregunté que quién vivía allí. "Mirá —me contestó— se me olvidó; allí vive un chino y quién sabe para que no sea que se haya muerto y ese sea el mal olor..." Al día siguiente llegó la policía, botó la puerta y estaba el chilo no muerto.

—¿Qué le dijeron los patronos cuando decidió volver a Costa Rica?

—No querían que yo saliera del trabajo; me dijeron que en cualquier momento que llegue, que tengo las puertas abiertas.

—¿Sintió nostalgia al abandonar Nueva York?

—Ah sí; cuando estaba en México —pasé a México para conocer Acapulco— sentía como ganas de volver otra vez. Ahora tengo ganas de irme. Vi a Costa Rica muy pequeña; las calles muy angostas. En la gente sí nota uno la diferencia entre la de allá y la nuestra; aquí es más amable, hay más caras amigas...

—¿Le gustaría residir definitivamente en los Estados Unidos?

—No; me gustaría vivir unos tres o cuatro años más, para trabajar y hacer algo; pero por toda una vida no me gustaría... Alajuela, 10 de diciembre 1970.



"Después me divertía más; iba a bailes, recorría las calles de Nueva York, iba a los teatros..."



"Seis meses después mi vida cambió por completo; yo andaba por Nueva York como en Costa Rica. Nunca tuve un encuentro casual con ningún conocido; es que como hay tanta gente y aquello es tan grande..."